

BRITANIA

finales del siglo I d. C.



- | | | |
|-------------------------------|----------------------------|----------------------------------|
| I. Vindolanda | VII. Trimontium (Newstead) | XIII. Dalswinton* |
| II. Coria (Corbridge) | VIII. Magna (Carvoran) | XIV. Glenloch* |
| III. Bremesio (Piercebridge) | IX. Luguwallium (Carlisle) | XV. Alauna (Maryport) |
| IV. Alauna | X. Kirkbride* | XVI. Aballava (Burgh-by-Sands) |
| V. Bremenium (High Rochester) | XI. Broomholm* | XVII. Maia (Brownness-on-Solway) |
| VI. Cappuck* | XII. Milton* | |

*Fuertes romanos ocupados en la época cuyo nombre en latín es desconocido

PRÓLOGO

11 DE SEPTIEMBRE, AÑO 98 D. C.

Los jinetes llegaron del norte, siluetas negras en la oscuridad. Los pocos que los vieron se apartaron de su camino y no se atrevieron a increparlos siquiera. Un grupo de hombres en el exterior, y a esas horas, o eran guerreros, o ladrones o ambas cosas. Cabalgaban con decisión, lo que podía significar varias cosas. Descendieron de pronto a una hondonada dispersando a una docena de ovejas que pastaban en el lugar, y el pastor aulló iracundo antes de que el miedo le hiciera guardar silencio. Los jinetes siguieron adelante, ignorando tanto al pastor como a los animales. Media hora después llegaban a un valle poco profundo, y los hombres espolearon a sus monturas para llevarlas al trote. Estaba a punto de amanecer.

En el valle había un puesto fronterizo romano, aunque el centinela que ocupaba la torre que se alzaba sobre la única puerta de acceso no los vio hasta pasado un rato. Era un tracio, cansado después de una larga vigilia y que no esperaba que ocurriera nada, porque allí nunca pasaba gran cosa. De vez en cuando se daba alguna disputa, algún asesinato, los inevitables robos de ganado, pero nada realmente problemático. Con veintitrés años de servicio a las espaldas, esa era precisamente la razón por la que el tracio había solicitado ser destinado allí. Le quedaban dos años de servicio antes de ser licenciado. Aquello significaba convertirse en ciudadano romano, libertad respecto de las normas del ejército y... Después de tanto tiempo, era difícil hacerse una idea de lo que era la vida fuera del ejército. No estaba del todo seguro de lo que eso significaría, pero quería vivir para comprobarlo, por lo que un destino tranquilo era lo adecuado. De hecho, a veces estaba todo tan tranquilo que daba la sensación de que el mundo en general se había olvidado de ellos por completo.

El puesto era tan diminuto e insignificante como el que más. Para un ejército cuyas unidades alardeaban de haber construido de todo, el letrero pintado que había sobre la puerta era inusual:

tan solo informaba de que la Legio II Adiutrix había construido ese *burgus* —no se especificaba ni cuándo ni por qué—, y ningún oficial se atribuía el mérito de haber supervisado los trabajos. El letrado era sencillo y los caracteres, pequeños, lo que daba la impresión de que los legionarios no estaban orgullosos de su labor, y el tracio no los culpaba, tampoco se preguntaba por qué la legión había dejado Britania y había acabado apostada en el Danubio poco después. Aquel era un estercolero medio olvidado, en medio de ninguna parte, en la provincia más septentrional del Imperio, y la II Adiutrix ni siquiera se había molestado en hacer un buen trabajo.

Se suponía que medía ochenta y cinco pies cuadrados, pero los muros de los lados eran diferentes en longitud entre sí, y el delantero y el trasero tampoco eran del todo regulares. Las largas horas de guardia, día tras día, noche tras noche, significaban que el tracio conocía cada palmo del lugar, cada crujido de los listones, cada grieta en las estacas allá donde los legionarios habían usado madera aún verde porque querían acabar el trabajo cuando antes y no habían esperado a que les llegaran suministros de madera ya madura y tratada. Uno de los tablones de la plataforma de la torre estaba hinchado y blando y, tarde o temprano, se rompería. Tenía la esperanza que el nuevo *curator* al mando, Crescens, lo estuviera pisando cuando cediese. El tracio sonrió al pensarlo, se giró para mirar al este, se llevó la mano a la frente y prometió ofrecer una libación al dios Jinete de su pueblo si se daba tan feliz acontecimiento.

Y, como si se tratara de una respuesta a su juramento, un destello de luz anaranjada apareció en lo alto de la colina que se alzaba a espaldas del fuerte. Parpadeó. Estaba amaneciendo, y el Jinete galopaba por los cielos en compañía de su perro haciendo que las estrellas se batieran en retirada y permitiendo que el sol trajera un nuevo día al mundo. Un instante después oyó la voz airada de Crescens. Le estaba chillando a uno de los esclavos sin tener una razón para ello.

—Es ese, señor —farfulló el tracio—. Sé que tienes mucho que hacer, pero ese cabrón se lo merece.

La pequeña guarnición empezaba a despertar, salvo por el centurión, cuyas dependencias se encontraban junto al muro opuesto de la fortificación. Hacía tres días que nadie veía al oficial. Tampoco se le había oído, salvo por la última racha de cánticos de la

segunda mañana. Ocurría, más o menos, una vez al mes, y a esas alturas el tracio ya conocía los tiempos. Supuso que el centurión, Flavio Ferox, volvería a estar medio sobrio cuando llegara la noche, o quizá a la mañana siguiente.

La mayor parte del tiempo Ferox no bebía mucho para ser legionario, y solía hacer bien su trabajo. Era centurión *regionarius*, el centurión a cargo de la región circundante. Su labor era mantener la paz y el imperio de la ley, para que el ejército supiera lo que estaba ocurriendo y los nativos estuvieran dispuestos a solventar sus disputas sin arrancarse la cabeza. Ferox era britano, aunque de una lejana tribu del sudoeste, y aunque los hombres dijeran que esa era la razón por la que los nativos confiaban en él, el tracio dudaba de que esa fuera la principal razón. El centurión era un tipo duro, de rostro severo, pero se le conocía por ser un hombre de palabra y por nunca darse por vencido. Contaban historias de cómo había perseguido a fugitivos durante semanas y a lo largo de cientos de millas y de cómo casi siempre daba con ellos. En una ocasión se había adentrado en el norte en pleno invierno y había vuelto con un joven guerrero acusado de violar y asesinar a la esposa de un mercader romano. Más aún, testificó durante el juicio en favor del cautivo y probó que era inocente y que el culpable era el romano. No todo el mundo le agradeció ese gesto, pero los familiares del guerrero sí lo hicieron, y se corrió la voz de que el centurión valoraba en mucho la verdad. No es que importara mucho, porque jamás capturaron al marido, que huyó a la Galia bajo la protección de amigos influyentes.

El tracio no sabía si todo aquello era cierto, ya que en el ejército siempre había más rumores que soldados. Había quien decía que Ferox había sido un gran héroe, y quizá eso fuera verdad, ya que el arnés que solía llevar sobre la cota de malla estaba repleto de *phalerae* con forma de disco, torques y otras condecoraciones al valor. Otros susurraban que era un hombre con mala suerte, y que cuando estaba cerca se sucedían los desastres, como legiones destrozadas a manos de dacios y germanos.

Todo eso había ocurrido hacía mucho tiempo. Ferox llevaba siete años en aquel puesto fronterizo y no había ocurrido nada malo. De hecho, no había pasado nada de nada. El tracio no sabía si la debilidad por la bebida era la razón por la que el centurión había sido destinado allí o si había sido la monótona humedad del

lugar la que le había hecho refugiarse en ella. Fuera como fuese, Ferox era britano, y este era un pueblo extraño, así que quizá le gustara ese agujero y, sencillamente, fuera un tipo dado a la melancolía. Cuando llegó, había hecho que alguien pintara un letrero más grande con la palabra SYRACVSE en grandes y elegantes letras, y había ordenado que lo clavaran encima del mensaje dejado por la II Adiutrix. Nadie sabía por qué.

La luz se iba haciendo más intensa, y ya casi era de día, lo que significaba que las cuatro horas de guardia del tracio pronto llegarían a su fin. Levantado para una cincuentena de hombres y una docena de caballos y mulas, el puesto fronterizo de Siracusa albergaba ahora menos de la mitad, así que Crescens había decidido que todo el mundo hiciera guardias dobles desde que Ferox se había encerrado. El *curator* paseaba su exiguo poder como comandante del puesto atormentando a aquellos que no le caían bien. Por fortuna, eso quería decir casi todo el mundo, así que la carga era compartida. El sujeto tan solo llevaba sirviendo cinco años, pero era muy activo y sabía escribir bien, así que lo más seguro era que le ascendieran tarde o temprano. Aquel no era más que un puesto temporal que no le confería a nadie un rango permanente.

Dando pisotones para que sus pies volvieran a la vida, y con cuidado de no pisar el tablón blando, el tracio se dirigió al parapeto que había en el extremo exterior de la torre y miró hacia el valle. La pequeña aldea que se veía a lo lejos parecía tranquila, y no había duda de que las mujeres ya estaban devolviendo la vida a los fuegos de los hogares. Unos muchachos llevaban pequeños rebaños de animales hacia el arroyo.

—*Omnes ad stercus* —gruñó el tracio, demasiado cansado para enfadarse, aunque no por miedo. —Chico —le susurró al centinela que hacía guardia en el exterior del pequeño fuerte. Ambos habían compartido aquella larga guardia, y, dado que era veterano, había sido él quien había escogido las almenas y la torre. La normativa para el ejército, establecida por el Divino Augusto y sancionada por todos los césares desde entonces, decía que debía haber un piquete en el exterior de cada una de las puertas de un campamento. Los hombres de servicio estaban obligados, bajo juramento, a mantenerse firmes incluso si se enfrentaban a un contingente muy superior, y estaban ahí para alertar a la guarnición de cualquier peligro.

—¿Y si vienen los bárbaros? —preguntaba un nuevo recluta en uno de los chistes más viejos del ejército.

—Limítate a hacer todo el ruido que puedas mientras te matan —respondía el centurión.

El joven centinela no se movió, así que, al menos, era fiel a su juramento. También estaba en el lugar que le correspondía, a tres pasos del foso y a la derecha del sendero que llevaba a la puerta, pero estaba demasiado rígido.

—¡Chico! —repitió el tracio, un poco más alto.

El muchacho seguía sin moverse. Tenía el regatón de la lanza hundido firmemente en el suelo y el asta sobre el hombro para descansar el peso de su cuerpo. Envuelto en la capa oscura y con el escudo contra las piernas, su inmovilidad y la cabeza ladeada protegida por el casco le delataban. El tracio conocía todos los trucos de soldado, y aquel era uno muy viejo y muy peligroso. Una de las cosas más importantes que debía aprender un recluta era a dormir lo que pudiera y siempre que tuviera ocasión, porque al ejército no le importaba levantarte a una hora u otra. El sueño era algo precioso, casi tanto como la comida. Ser capaz de dormir de pie era raro y a veces útil, pero una peligrosa práctica para un hombre de servicio.

—¡Despierta, imbécil, o te arrancarán la piel de la espalda a tiras! —El tracio escupió las palabras y, nervioso, miró a su espalda, hacia el interior del fuerte, por si alguien le había oído.

El hecho de que la puerta estuviera cerrada significaba que nadie podía ver al muchacho desde dentro, pero en cuanto el sol superase la cima de la colina era labor del tracio tocar la campana de latón para dar por terminada la guardia nocturna y el principio del nuevo día. A medida que la guarnición se fuera desperezando y las puertas se abrieran, movería el pasador de madera que había en el calendario para marcar que era el tercer día antes de los idus de septiembre. Una pareja de centinelas vendría a relevarlos, formarían, se darían las órdenes para la jornada y una nueva contraseña, y solo entonces podrían comer algo. Siempre era igual. Lo mismo daba que la guarnición estuviera compuesta por una legión al completo o por dos docenas de hombres. Incluso aquí la jornada militar comenzaba del mismo modo que en cualquier otro lugar.

Tenía que actuar con rapidez, ya que Crescens le culparía de no haber mantenido despierto al muchacho. Sabía que el *curator*

estaba ansioso por presentar cargos oficiales contra quien fuera y ordenar un castigo físico o algo peor.

—¡Hijo! —El veterano volvió a intentarlo, alzando la voz tanto como llegaba a atreverse. Su pie le dio una patada a algo que había en el suelo. Era un corazón de manzana, dejado allí por alguno de los centinelas anteriores, probablemente el asqueroso de Victor.

Apoyó la lanza contra el parapeto de madera y se agachó para recogerlo.

Cuando el tracio volvió a incorporarse, percibió movimiento por el rabillo del ojo y, al fin, pudo ver a los jinetes a menos de media milla de distancia, acercándose a un trote brioso. Percibió puntitos blancos en los ojos al observar a las veloces siluetas que se acercaban: eran al menos diez, pero no más de veinte. El sol naciente brillaba en los cascos y en las puntas de las lanzas, lo que significaba que iban bien armados, aunque no cabalgaban en columna ordenada, sino como un enjambre, y eso significaba que lo más probable era que se tratara de britanos.

El tracio no había visto un solo enemigo desde que llegara, en invierno. Entrecerró los ojos para ver con más claridad por si lo anterior cambiaba al tiempo que rezaba para que no fuese así. Los britanos pasaron junto a los chicos y sus vacas, ignorándolos, y los muchachos no parecieron asustarse. Eso era buena señal.

El jinete que cabalgaba en cabeza era un hombre alto montado sobre un animal enorme, y, aunque no pudiera verle el rostro, el tracio le reconoció y suspiró aliviado. Era Vindex, jefe de los exploradores que servían en el ejército. Sus hombres y él pasaban por allí con frecuencia, y el centurión solía salir con ellos, aunque llevaban casi un mes sin aparecer por el fuerte.

—¡Eh, el de la torre! —gritó Crescens desde el patio interior interrumpiendo sus pensamientos—, ¿algo que informar?

—*Omnes ad stercus* —dijo, hastiado, el tracio.

Ya no había tiempo. Se tomó un instante para apuntar y el centinela lanzó el corazón de manzana. Se sintió bastante satisfecho cuando este golpeó el guardanucas plano del casco de hierro del muchacho. El joven se despertó de una sacudida y gruñó. Aún medio dormido, se volvió para mirar al parapeto; tenía la cara pálida.

—¡Haz tu trabajo, chico! —gritó el tracio señalando a los jinetes.

Hacer ruido ya era lo de menos. Volvió la cabeza para mirar por encima del hombro.

—¡Jinetes acercándose!

Abajo, el muchacho seguía aturdido mientras miraba en aquella dirección. Se quedó pasmado un momento, resolló y dejó caer la lanza. El tracio rio cuando el muchacho, con la boca abierta, alzó el brazo para señalar y el escudo cayó de plano sobre la hierba.

—Sí, lo sé —dijo el veterano en voz baja—. ¡Los veo! ¿Te has despertado ya, hijo?

Los jinetes estaban lo bastante cerca como contar catorce en total así como otros tres caballos con carga. El sol ya había superado la colina y proyectaba largas sombras alargadas tras ellos a medida que recorrían el sendero hacia la puerta. El tracio se acercó a la campana y la tocó seis veces para anunciar que había salido el sol. Luego esperó un instante antes de dar la alarma, aunque no creía que hubiera nada de qué preocuparse, pero eran las normas.

—¡Exploradores acercándose! —gritó hacia el patio interior—, ¡abrid la puerta!

Crescens le observó con rencor, porque la orden se había dado sin consultárselo, pero el tracio sabía perfectamente lo que decía la normativa. Vindex espoleó a su caballo, pasó a un trote rápido junto al aturdido centinela y accedió al fuerte en el momento mismo en que las puertas se abrían. El tracio sonrió mientras se metía los dedos por el hueco donde se unían las carrilleras de su casco y se rascó la barba. Algunos de esos britanos tenían clase, eso había que reconocerlo.

El resto de los jinetes se detuvieron fuera. Al igual que su jefe, los exploradores eran brigantes, guerreros de la tribu que dominaba gran parte del norte de la provincia de Britania y leales aliados de Roma desde hacía tiempo. Eran de rostro enjuto, altos y patilargos, y se erguían como estatuas sobre sus monturas, observando impasibles al joven centinela. La mayoría lucían frondosos mostachos, aunque ninguno de ellos hacía gala de un bigote tan grande y marrón como el de su jefe. Todos llevaban cascos militares anticuados de bronce con el guardanucas recto y soporte coronado con una punta roma, del tipo que las legiones habían dejado de usar hacía ya medio siglo. Solo el jefe llevaba cota de malla, pero todos tenían espada junto a la cadera derecha, aunque

estas eran de todo tipo y tamaño, desde las típicas largas hojas locales hasta las suministradas por el ejército tanto para la infantería como para la caballería. Los escudos eran aún más variopintos, y estaban decorados con vivos colores; algunos tenían animales dibujados.

El joven centinela parecía temblar mientras contemplaba a los silenciosos guerreros, y al fin uno de ellos sonrió. Entonces todos empezaron a reír y algunos desmontaron. Los brigantes hablaban mucho, al menos si se los comparaba con el resto de los britanos. El tracio se fijó en que dos de ellos habían compartido montura, algo incómodo, particularmente para el que iba detrás, y luego vio que otros dos se dirigían a pie al interior del fuerte, cada uno llevando a uno de los caballos de carga de las riendas.

El estruendo de unas botas con tachuelas anunció al tracio que su relevo había llegado.

—Longino se presenta en el puesto para labor de guardia —anunció el sujeto. Era un tungro robusto. Su nariz rota y su rostro con cicatrices escondían un carácter amable—. ¿Alguna novedad, hermano?

El tracio, en realidad, no le estaba escuchando. Cuando los caballos cargados cruzaron la puerta, vio que cada uno de ellos llevaba un cuerpo cubierto con una manta. Un costado de uno de los animales estaba tintado de sangre seca. Quizá las cosas no estuvieran tan calmadas como parecía.

—¿Qué? —dijo un instante después al percatarse de que Longino le estaba mirando—. ¡Ah! Ya sabes, lo de siempre: *omnes ad stercus*.

Su relevo parpadeó, pero el tracio no se molestó en dar explicaciones. Bajó la escala hasta el parapeto y se dirigió a los peldaños que llevaban al patio interior, donde Vindex se había acercado al *curator* con su caballo y le miraba desde lo alto.

—Necesito al centurión. —El latín del brigante era comprensible a pesar de un acento que les confería a las palabras un tono gutural y brusco—. ¿Está aquí?

El rostro de Vindex era largo, casi equino; tenía la piel tan prieta que se adivinaba cada músculo en cada línea de su cráneo y mandíbula. Era un rostro diseñado para aterrar a los niños e inquietar a la mayoría de los hombres, el rostro de un fantasma o un demo-

nio, suavizado ligeramente por un bigote exuberante y bien cuidado. Crescens se mostró vacilante, y el tracio no le culpó.

Los *stationarii* que no estaban en servicio de guardia formaron en línea a un lado del sendero. Dado que eran hombres destacados a ese puesto fronterizo desde media docena de unidades diferentes, vestían un elenco de uniformes y llevaban escudos de formas diversas, pero estaban listos para inspección, con la salvedad de que el britano se encontraba entre el *curator* y su revista matutina.

—Está enfermo —dijo Crescens al fin.

Vindex resopló y su caballo empezó a orinar. Crescens dio un paso atrás para evitar las salpicaduras del estruendoso chorro amarillo.

El tracio se unió a la formación y observó el careo con deleite. Ferox había dado orden de que cualquier explorador que trajese información fuera llevado ante él de inmediato, y el *curator* debía saber eso. Por supuesto, tenía que admitir el tracio, la orden no decía nada sobre qué hacer cuando el centurión estaba completamente borracho y ese resultaba ser un intrincado problema que resolver para el *curator*. Le fue difícil no sonreír.

—¿Enfermo? —La expresión de Vindex no mutó en lo más mínimo, hasta que una mínima sacudida de piernas hizo que el caballo reanudara el trote.

Crescens abrió la boca, incapaz de saber qué hacer.

El brigante detuvo a su enorme montura castaña ante el bebedero, se irguió y saltó en un ágil movimiento. Mientras se dirigía a grandes zancadas hacia las dependencias del centurión, el animal empezó a beber agua. Los britanos que guiaban a los caballos que llevaban la carga le siguieron, ignorando a los soldados romanos. Unas piernas desnudas, sin calzado y sucias, se bamboleaban lentamente, de lado a lado, al tiempo que el semental que avanzaba en cabeza pasaba por delante de los legionarios.

—Necesito ver al centurión. —La potente voz de Vindex retumbó en el pequeño patio interior.

—Mi señor Ferox lamenta estar indispuerto. Le es imposible recibir visitas. —Era Filo, el esclavo del centurión, un elegante oriental que parecía demasiado civilizado para un lugar como aquel.

—Necesito ver al *regionarius* —repitió el brigante aún en voz alta—. Y necesito verle ahora.

—Lo lamento, mi señor Vindex, pero eso no es posible.

El tracio ocupaba el extremo derecho de la línea de soldados, y podía ver al gigante britano alzándose como una torre ante el pequeño esclavo con los pulgares hundidos en el cinturón que llevaba a la cintura y del que colgaba su espada. La piel de Filo era suave y oscura, sus ojos eran de un marrón oscuro, casi negro. No vestía capa, y su túnica era tan blanca que brillaba. No parecía haber ni una mota de polvo o suciedad en él, y eso a pesar de estar de pie, sobre el barro, delante de la puerta. No era más alto que un chiquillo, apenas cinco pies de altura, y, sin embargo, se mantenía firme ante aquel bárbaro al que parecía resultarle más sencillo matar a alguien que perder el tiempo hablando. El tracio estaba impresionado.

—Es importante. —Vindex, el jefe de los exploradores, bajó la voz, aunque aún se oía en todo el recinto.

—Lo lamento, mi señor, de verdad que lo lamento. —Filo se agarró la muñeca derecha con la mano izquierda y se la frotó, pero aquella fue la única muestra de nerviosismo.

—¿Cuánto lleva así? —Vindex habló esta vez con mesura, y sonrió, aunque la sonrisa, en su rostro cadavérico, más se antojó un gesto malicioso.

Filo dejó caer los hombros y entrelazó las manos.

—Hoy es el cuarto día —admitió.

Vindex gruñó. Dio un paso al frente y el esclavo volvió a eruirse para impedirle el acceso. Crescens intentó abrirse paso para unirse a ellos, pero se lo impidieron los dos caballos y el explorador que los tenía cogidos por las riendas.

—Mira, griego —dijo Vindex; su tono de voz había cambiado de conciliador a amenazante—. Los dos sabemos que voy a entrar y que no vas a poder detenerme. Tu señor no te culpará.

Le sacaba dos cabezas al esclavo. Al final Filo se rindió y dio un paso a un lado. El brigante le hizo un gesto a uno de sus hombres para que le siguiera, empujó la puerta y entró.

Se oyó un estruendo en el interior de las dependencias del centurión, luego otro, y luego el sonido de cerámica haciéndose pedazos.

—¡Perros bastardos! —El tracio reconoció la voz de Ferox, aunque nunca le había oído tan enfadado.

Más gritos, más estruendo, y entonces un agudo grito: «¡Taranis!», indicando que alguien había sentido un intenso dolor. Crescens, una vez más, intentó abrirse paso, pero el britano y los dos caballos volvieron.

—¡Dos voluntarios, ahora! —gritó, pero su voz se quebró y se antojó débil.

El tracio y el hombre que tenía al lado se adelantaron para unirse al *curator*.

El escándalo dentro del edificio se volvió aún más violento, y hubo más estruendo de violencia y destrucción. Filo esbozó una mueca de dolor al oír lo que debía de ser una balda repleta de platos y vasijas siendo golpeada por algo pesado y rompiéndose en mil pedazos. La puerta se abrió de pronto y el explorador que había seguido a Vindex salió trastabillando, con la cara magullada y sangre manando de un labio partido.

Entonces apareció el centurión *regionarius*, Tito Flavio Ferox, agarrado e inmovilizado por Vindex. A los brigantes les encantaba la lucha libre, aunque, por lo que había visto el tracio, ese deporte tenía más de fuerza bruta y de juego sucio que de arte. En este caso era imposible dudar de su eficacia. Ferox tan solo era un poco más bajo que el enorme brigante, sí más ancho de pecho y hombros, pero estaba doblado, con el brazo retorcido, así que toda su fuerza era inútil, y tenía que avanzar si no quería que le rompiera los huesos. Vindex le llevó hasta el bebedero.

Con un gruñido de esfuerzo el brigante levantó al centurión sobre el costado de madera y le metió de cabeza en el agua gélida. Dijo algo en su propia lengua y el hombre del labio partido se unió a él, manteniendo al romano en el agua mientras este se resistía.

Sacaron al centurión del bebedero. Ferox empezó a toser agua y a sacudir la cabeza mientras se revolvía.

—¡Perros bastardos! —espetó—. ¡Hijos de...!

Vindex y el otro britano volvieron a echarle al agua. A Crescens le colgaba la mandíbula mientras observaba el desenlace, pero no hizo nada.

Los britanos volvieron a alzar al centurión. Esta vez Ferox parecía lánguido y exhausto, incapaz de seguir luchando. Su túnica era del típico blanco desgastado que entregaba el ejército, atada con un cinturón holgado para que le llegara a las espinillas. La

costura sobre uno de los hombros estaba desgarrada por completo y la prenda colgaba informe. Los moratones empezaban a florecer en su piel desnuda, y se veían dos viejas cicatrices, una de ellas larga. Su pelo oscuro estaba empapado y sucio, lucía una barba de varios días en el mentón de su rostro afilado, y sus ojos, de un gris claro, parecían ausentes. Había un rastro de vómito seco en la túnica rasgada y en la piel del centurión, así como manchas de vino y suciedad en manos, piernas y pies.

—¿Te has calmado ya? —Vindex volvía a hablar en su áspero latín—. Te necesito, y te necesito ahora. —Vio a Filo de pie, junto a la puerta, observando boquiabierto a su dueño—. Griego, tráele algo de posca. —La posca era la bebida barata que tomaban soldados y esclavos; era más agua que vino, y tenía un sabor muy amargo—. Y prepárale: tiene un largo camino por delante, y puede que tenga que luchar.

Le hizo un gesto al otro explorador e intentaron ayudar a Ferox a alcanzar sus dependencias, hasta que este se los sacudió de encima. El centurión miró a su alrededor con ojos soñolientos y vio a Crescens con la boca abierta. Se le quedó mirando un buen rato.

—Ah, *curator* —dijo al fin. Su voz tenía una cadencia musical que hacía que todo lo que decía pareciera verso—. No dejes que entorpecamos tus quehaceres.

Vindex se encogió de hombros y siguió al centurión a su cuarto. El otro britano volvió al bebedero y empezó a echarse agua al labio partido.

Crescens, recuperado, pasó lista y dijo la nueva contraseña: «*Mercurius Sanctus*», pero no tenía la cabeza en la formación, y ordenó romper filas después de una corta inspección. Varios hombres, incluido el tracio, decidieron desayunar en el patio para ver qué pasaba. Al principio no hubo ni rastro de Ferox y Vindex: lo único que ocurrió fue que los exploradores bajaron los cadáveres y los tendieron, el uno al lado del otro, sobre la hierba. Dos britanos más entraron en el fuerte y empezaron a llenar odres de cuero para los hombres y animales que se habían quedado fuera, pasando junto a los cuerpos sin mostrar un ápice de interés o preocupación.

Uno de los muertos era un hombre mayor, de cabello gris y barba enmarañada, vestido con una túnica andrajosa decorada con

motivos cuadrados pero tan descolorida que tales motivos apenas se distinguían. Tenía algunos pequeños cortes en la cara, pero ninguna herida de gravedad. El otro cuerpo era más joven: más alto y fibroso, llevaba pantalones de lana, túnica a rayas y un par de botas que no mostraban mucho desgaste. Tenía la pierna derecha retorcida: era evidente que tenía rotos los huesos inferiores. Por lo demás, el joven no parecía haber sufrido daños, salvo por el hecho de que su cabeza y su mano izquierda habían sido cercenadas.

Pasado un rato aparecieron Ferox y Vindex, y los soldados se retiraron un poco, aunque permanecieron lo bastante cerca como para escuchar lo que se decían. El centurión no hizo ademán de prestarles atención. Ferox estaba pálido, y tenía los ojos hundidos e inyectados en sangre. Calzaba botas cerradas, pantalones y una túnica de un rojo intenso con un jubón acolchado encima. El centurión caminaba como un viejo, pero hubo un destello de su habitual mirada severa cuando se quedó mirando al cuerpo del anciano.

—¿Qué hay del chico? —le preguntó a Vindex. El *regionarius* tenía el ceño fruncido. Daba la impresión de que pensar era todo un esfuerzo para él, y que hablar suponía un reto para su fuerza y su voluntad.

Vindex negó con la cabeza.

Con un gruñido el centurión se acercó al otro cadáver y lo movió con el pie.

—A este creo que no le conozco —dijo sin entonación alguna.

—Yo tampoco —convino Vindex—. Pero apostaría a que era más alto.

Instantes después Ferox se inclinó para inspeccionar la pierna rota y el resto de las heridas. El centurión estudió el cuerpo en silencio. La piel de su rostro adquirió una tonalidad verde cuando una oleada de náuseas le recorrió las tripas. El tracio dudaba que se debiera al desagradable espectáculo. El centurión se bamboleó un poco, se restregó la barbilla y la boca con una mano y se puso en pie.

—Mmm —murmuró, y luego, sin dejar de frotarse el mentón, añadió algo que no sonaba a latín.

Vindex no dijo nada. Esperaron.

—Mal asunto —dijo Ferox al fin—. ¿Pero de verdad me necesitas?

—Sí. —Vindex estaba muy tieso, observando directamente y sin pestañear al centurión. A este le costaba sostenerle la mirada—. Es tu territorio.

—Ya. —Ferox volvió a empujar el cuerpo con la punta de la bota.

—Sigue muerto —dijo Vindex.

—Ya.

Crescens apareció entonces. Venía del pequeño establo que había en el otro extremo del patio. Había cuatro caballos en el *burgus*, aunque una de las yeguas no estaba en condiciones de ser montada.

—Buenos días, *curator* —dijo Ferox como si fuera la primera vez en el día que veía a Crescens—. ¿Cómo está la gris?

—Se está recuperando de la pata, pero aún cojea. —La respuesta de Crescens fue firme; era jinete, y entendía de esas cosas—. No aguantaría más de una o dos millas.

Eso significaba que Siracusa tan solo contaba con tres caballos en condiciones de servicio para el centurión y los cuatro jinetes que había entre los *stationarii*, incluido el propio *curator*.

—¿Hoy son las nonas? —Había más que duda en el tono del centurión. Miró a Vindex, y este no dijo nada.

—No, señor. Es el tercer día antes de los idus —dijo Crescens, sorprendido de que el centurión se hubiera equivocado en seis días—. Es septiembre, señor —añadió con malicia.

—Ya. —Ferox seguía intentando mirar a Vindex a los ojos como si Crescens no estuviera allí. El britano le observaba impasible—. ¿Y estás seguro de que me necesitas?

—Sí, te necesito. Será más fácil si viene un romano con nosotros, y sabes seguir un rastro mejor que cualquier hombre al que haya conocido.

—¿Acaso es culpa mía que no conozcas a mucha gente? —dijo el centurión encogiéndose de hombros—. ¿Estás completamente convencido?

Por primera vez el brigante pareció hastiado al asentir.

—Juro por el dios por el que se jura en mi tribu, y por el sol y por la luna, que tienes que venir.

Ferox permaneció en silencio. No emitió ni un gruñido. Empezó a bambolearse de nuevo, y todos vieron que le costaba recuperar el equilibrio.

—También juro por nuestra amistad que eres tú quien debería encargarse de esto.

Ferox suspiró, y dio la sensación de que estaba a punto de desplomarse.

—*Curator* —dijo—, haz que ensillen a los caballos y que los preparen para salir. Os llevaré a Victor y a ti conmigo.

Mientras *Crescens* se alejaba, Ferox volvió a dirigirse al brigante.

—No somos amigos —dijo el centurión—. Lo que pasa es que aún no he tenido ocasión de matarte.

I

Era casi mediodía. Tan solo había un puñado de nubes blancas y gordas en un cielo por lo demás luminoso, y Ferox tiró del ala de su sombrero de fieltro para protegerse los ojos del resplandor. Hubiera preferido viento y lluvia, un tiempo que se adecuaba más a su estado de ánimo, pero hacía buen día, y eso le fastidiaba, como le fastidiaba todo lo demás. Al menos el caballo castrado que montaba se estaba portando, así que decidió aflojarle las riendas confiando en que buscara el mejor camino por aquel valle rocoso. Ferox necesitaba pensar, pero las ideas le llegaban de mala gana.

—Bebe antes de una batalla si es necesario —le había dicho su abuelo, el Señor de las Colinas, cuando era joven—, aunque no demasiado si quieres sobrevivir. Pero no bebas antes de una incursión de saqueo.

Su abuelo había olvidado más cosas sobre las incursiones de saqueo de lo que pudiera llegar a saber cualquier hombre.

Pero esa mañana no habían salido para llevar a cabo una incursión, aunque lo más probable era que estuvieran buscando a un grupo de salteadores que sí, y para eso hacía falta mantener la cabeza fría y el corazón más frío aún. Ferox había liderado expediciones de saqueo y había perseguido a salteadores más veces de las que podía recordar, y sabía que lo anterior era cierto, del mismo modo que sabía que hoy tanto su espíritu como su físico se encontraban en horas bajas. También su capacidad de raciocinio, inculcada por sus maestros hacía muchos años. No lograba pensar con claridad, lo que significaba que era probable que cometiera errores, y quizá acabara llevando a sus hombres a una emboscada en la que morirían. Al menos eso aliviaría su carga.

Casi podía oír la regañina de su abuelo. Intentó sacudirse de encima ese estado de ánimo sombrío e inútil.

Vindex ya había tomado algunas precauciones sin contar con él. Dos de los exploradores brigantes cabalgaban a cierta distancia por delante, y otros dos cubrían la retaguardia mientras el resto, incluidos los dos legionarios romanos, iban a unos pasos por de-

trás de él. Mantenían la distancia, y no podía culparlos. De vez en cuando Victor tarareaba una melodía que Ferox no conocía. El resto estaba en silencio, observándole y esperando a ver qué ocurría. Sentía que dudaban de su juicio, y, de nuevo, no podía culparlos. Cabalgaron durante una hora, desmontaron y llevaron a los animales de las riendas durante otra hora antes de volver a montar y seguir adelante a un trote pausado. Quizá tuvieran que recorrer un buen trecho, y no podían permitirse agotar a sus monturas. Al menos los caballos pequeños que los brigantes preferían montar eran bestias fuertes, ya que llevaban un par de días recorriendo el territorio.

Ferox envidiaba la resistencia de los animales y su falta de preocupaciones ahora que lo único que quería era tumbarse y dormir cien años. La cabeza le palpitaba, las tripas le rugían y no podía deshacerse del sabor a vómito que tenía en la boca. Le preocupaba volver a vomitar, tal y como le había ocurrido con el primer trote del día. No había caído, pero cuando intentó volver a montar en Siracusa no había sido capaz de hacer que sus miembros le obedecieran. Ferox se había aferrado a los cuernos de su silla para montar de un salto, pero había sido incapaz. En vez de eso se había quedado ahí, mirando a su caballo como un imbécil al tiempo que el animal volvía la cabeza para mirarle a él. Le daba la sensación de que sus piernas eran de plomo, pesadas, que estaban a punto de doblarse o quebrarse bajo el peso de su cuerpo. Dio un saltito, incapaz de hacer más. Señal de lo mal que se encontraba era que no le había importado oír una queda carcajada de uno de sus hombres y los bufidos burlones de brigantes. Tuvieron que echarle una mano. Uno de los soldados entrelazó las manos y se las puso junto a las rodillas para que Ferox pudiera tener un punto de apoyo, mientras otro le levantaba y le empujaba por detrás.

Vindex ya estaba en su caballo, y le había mirado con lástima en los ojos, una lástima que dolió más que la carcajada y el desprecio. Entonces su rostro huesudo se tornó severo.

—Ella se fue —había susurrado el brigante—, y no va a volver.

Fue como ser lanzado al agua sucia y gélida del bebedero una vez más, y, por un momento, la vieja herida ardió con vigor y fiereza. Ferox odiaba al explorador, se odiaba a sí mismo por haberse convertido en lo que era, odiaba al mundo entero y a los dioses

que le habían castigado con ese vacío que tenía dentro y le habían llevado a aquel lugar. La rabia y el dolor le daban fuerzas.

—Vamos —había dicho antes de espolear al animal hacia la puerta.

Una vez fuera del fortín había hincado de nuevo los talones en el caballo, y este había empezado a trotar. Todo se había echado a perder cuando las náuseas se apoderaron de él y se vio obligado a vomitar. Hacerlo le dejó vacío y debilitado un vez más y, así, lideró a la dispersa columna hacia el sur. Vindex había dejado el rastro de los hombres que habían matado al viejo para ir a Siracusa, y en vez de volver a seguir la pista, confiaba en volver a dar con ella un poco más adelante. Era una apuesta arriesgada, pero el tiempo apremiaba. Los exploradores habían perdido media noche yendo a buscarle, y les había llevado más de media hora estar listos para salir del fortín.

Ahora que ya era tarde, Ferox deseaba haber dejado a Filo que le afeitara. Siempre era más fácil pensar con un mentón liso que frotarse, y, por alguna razón, le hacía sentir más vivo. El muchacho alejandrino se preocupaba por él «como una buena madre judía», solía decir, aunque Ferox dudaba que el esclavo hubiera pasado gran parte de su niñez con cualquiera de sus padres. Filo ponía el listón muy alto; estaba decidido a hacer que su señor tuviera un aspecto tan pulcro y cuidado como el suyo, y parecía decepcionarle la constante incapacidad del centurión de alcanzar su ideal. A Ferox le caía bien el muchacho, y solía cuidarle, aunque solo fuera porque le recordaba a tiempos mejores y a ella. Había comprado al muchacho como esclavo para ella, pero entonces se había desvanecido y él se había quedado con aquel sirviente tan quisquilloso. Y aquello siempre suponía un conflicto, porque no se veía capaz de ser demasiado severo con el chico.

El centurión había rechazado la cota de malla cuando el esclavo se la trajo, pues sabía que, de haberlo hecho, Filo habría querido que también hubiera llevado el arnés y las condecoraciones. También rechazó el casco, con su cimera transversal de plumas y, en su lugar, pidió su viejo sombrero de fieltro. Esclavo y señor alcanzaron al fin un compromiso, y el centurión había salido con el sombrero pero con el casco atado a la manta enrollada que llevaba en la parte posterior de la silla de montar. Ferox también le permitió

a su esclavo que le enganchara una capa azul marino a los hombros. Quizá resultara útil si cambiaba el tiempo o si pasaban fuera una noche o más. No cabía duda de que Filo estaba satisfecho de que la capa al menos le cubriera parte del jubón acolchado, una prenda que, según él, era una vergüenza para su ínclito señor.

—Deberías enviar a alguien a encender la almenara.

Ferox no se había dado cuenta de que Vindex había avanzado hasta ponerse a su lado, y se sobresaltó cuando interrumpió sus pensamientos. Era la segunda vez que el brigante le pedía que alguien encendiera la almenara. Había una torre de vigilancia a solo dos millas de distancia, levantada en la cima más alta de una línea de colinas desde la que se divisaban millas a la redonda, en particular hacia las tierras del sur. Allí no solía haber más que media docena de soldados, lo suficientes como para vigilar desde lo alto de la torre y atender la almenara.

—Aún no hay ni rastro de tus ladrones.

—¿Ah, no? —Vindex miró a su alrededor—. Sea como sea, ¿no es esa razón suficiente para dar la alarma? Podrían estar en cualquier parte.

El humo negro de la almenara se veía a millas de distancia e informaba a tropas y civiles de que había peligro. En cuando fuera encendida, saldrían jinetes al galope de todas las guarniciones para ver qué estaba ocurriendo, patrullas fuertemente armadas recorrerían las rutas principales y el grueso de las tropas se prepararía para actuar en cuanto llegaran los primeros informes. Pero alertaba a los atacantes tanto como al resto, haciéndoles saber que los estaban buscando y que el peligro para ellos, si permanecían en la zona, iría en aumento a medida que pasaran las horas.

—Todavía no —repuso Ferox repitiendo su respuesta a la anterior petición. La primera vez Vindex había aflojado la marcha y se había unido al resto. Ahora no dijo más, pero siguió cabalgando junto al centurión.

Ferox tuvo la tentación de dar la alarma, porque estaba seguro de que algo no marchaba bien. Pasaron junto a varias granjas donde la gente se mostró cortés, asintiendo o saludándolos a su paso. Pero parecían estar alerta: no sabían lo que pasaba, pero presentían peligro. Se toparon con unos vaqueros que azuzaban a un pequeño rebaño a toda prisa, pero los hombres dijeron que no ha-

bían visto ni oído nada extraño. A decir de Ferox, sus rostros parecían aún más recelosos de lo que era habitual cuando los lugareños se enfrentaban a las preguntas de los romanos; sospechaba que si su cabeza no hubiera estado tan embotada por la resaca, habría sido capaz de ver más allá.

Había pocas señales por el camino del tipo que usaban las tribus para dejar mensajes sencillos. Entre los textoverdi de esas tierras, una piedra sobre otra significaba que había guerreros o soldados en la zona, y había visto algunas de ellas por el camino que parecían recientes. A una milla de distancia había visto tres piedras planas apiladas, siendo la superior de un color más claro que las otras. Eso implicaba que había un importante contingente de guerreros, bien armados. La piedra clara indicaba que se trataba de enemigos, aunque, a decir verdad, algunos de los lugareños consideraban como tal al ejército romano. Lo que sí significaba era que el grupo no pertenecía a los textoverdi, y probablemente tampoco a ningún otro clan de los brigantes como los carvetos de Vindex. Ferox deseó haberse tomado el tiempo de leer el manojito de cartas que había llegado recientemente a Siracusa y, así, haber comprobado las últimas órdenes. Eso le hubiera servido para saber si había una nutrida patrulla del ejército o algún otro destacamento en la zona. Dudaba que lo hubiera, ya que las guarniciones cercanas estaban bastante justas de efectivos en los últimos tiempos, pero seguía siendo verano y era el momento de llevar a cabo entrenamientos y exhibiciones de fuerza.

Pero ni el propio Ferox se lo creía, y se preguntó si era cabezonería o miedo lo que le impedía enviar a un hombre a dar la alarma. No podía fingir que el miedo no era real. Hubo un tiempo en el que su carrera había sido prometedora: el primero de los jóvenes nobles siluros al que se le concediera la ciudadanía romana. Fue educado en Lugdunum, en la Galia, junto con los hijos de los aristócratas de las tres provincias, luego fue hecho centurión en una legión, y recibió una condecoración al valor del mismísimo emperador Domiciano. Todo se había torcido hacía mucho tiempo y, en parte, había sido culpa suya. Llevaba siete años allí, en el norte de Britania, sin permisos y sin promociones, sirviendo lejos de su legión, que jamás había sugerido siquiera que le quisiera de vuelta. Su importancia política se había desvanecido ahora que los

siluros se consideraban un pueblo pacífico, y le habían destinado a Siracusa porque tanto él como las labores que desempeñaba carecían de importancia, al menos para cualquier cargo principal de la provincia, y menos aún en Roma. Ferox era *regionarius* de un distrito irrelevante, y a nadie le importaba demasiado si quería pudrirse allí o si quería beber hasta acabar en la tumba. Y tampoco se fiaban mucho de su juicio, porque su enfermiza búsqueda de la verdad le había granjeado pocos amigos y muchos enemigos.

Pero la verdad importaba.

—Miente a los demás —le solía decir su abuelo—, pero no seas tan necio como para mentirte a ti mismo.

El pasado verano y, una vez más, a principios de año, había enviado informes avisando de que en el norte se estaba cociendo algo. Todo lo que había visto y oído le había convencido de que tan solo era una cuestión de tiempo que las tribus rompieran su alianza con Roma, pero sus superiores se habían mofado de sus advertencias, y, hasta el momento, no había ocurrido nada, así que ahora se le tachaba de alarmista y de poco fiable. Si alertaba a las guarniciones con historias de incursiones por parte de grandes grupos de bárbaros y al final todo terminaba en nada, estaría acabado. *Crescens*, para empezar, testificaría encantado sobre su estado de embriaguez al momento de dar la alarma, y lo más seguro era que hubiera otros que confirmaran su relato. Después de todo, era la verdad. Algo así acabaría por rematarle: sería licenciado con deshonor y su vida perdería los últimos y ya difusos vestigios de propósito y sentido. Ferox no hubiera sido capaz de enfrentarse a eso, ya que no tenía adónde ir.

—Es pronto para una incursión a gran escala —dijo Ferox intentando posponer la decisión.

Vindex parecía más adusto que de costumbre.

—Depende de quiénes sean —dijo—, y de lo que quieran.

La mayoría de las bandas venían en busca de ganado. Podían ser un puñado, en particular si resultaban ser ladrones de caballos, o varias docenas. Si la incursión era mayor, esto es, un jefe a la cabeza de varios guerreros vinculados a él mediante voto de lealtad, así como cualquiera que quisiera unirse a él, entonces lo que buscaban era llevarse algo más que un puñado de animales. El mejor momento para hacerlo hubiera sido en un mes más o menos,

cuando el otoño hubiera llegado de verdad. Era entonces cuando las ovejas y las vacas estaban gordas y fuertes después de un verano pastando; además, el suelo se congelaba, se endurecía, y la marcha era más sencilla; más aún: la oscuridad de las noches largas hacía más fácil la huida.

Ferox se preguntaba si había sido una incursión para llevar a cabo un asesinato. En aquellos tiempos era algo raro, ya que todas las tribus y clanes eran aliados de Roma y se les exhortaba a mostrarse cordiales entre ellos. Gran parte de la labor de Ferox era atender quejas y arbitrar en disputas para que los litigantes no tuvieran la tentación de quemarle la casa al vecino. Mucho dependía de los jefes, ya fuera porque le enviaran a él a los litigantes, solucionaran el asunto por su cuenta o se negaran a involucrarse. Aún había guerreros por ahí ansiosos por cortar cabezas y por hacerse un nombre como personajes peligrosos. Algunos de los jefes deseaban obtener la gloria y hacer valer su poder, y siempre había odios y venganzas.

—Alguien se llevó la cabeza de ese joven desgraciado —dijo Vindex.

Ferox quería pensar, y necesitaba silencio para hacerlo, pero había aprendido a fiarse del juicio del brigante.

—Pero no se llevaron la del Cabra.

Vindex no se inmutó.

—¿Acaso querrías a ese feo vejestorio mirándote?

Ferox no conocía el verdadero nombre del anciano, y se preguntó si alguien realmente lo sabía. Le llamaban «el Hombre Cabra», o sencillamente «el Cabra», e incluso los abuelos le recordaban siendo ya anciano. No tenía casa, pero recorría el territorio con sus cabras y con el joven que le ayudaba a cuidar de ellas. A veces se quedaba en granjas y aldeas, a veces en cuevas o al abrigo de los árboles. Todo el mundo le conocía, y jamás era amable con nadie, pero parecía atraer a los animales. Los campesinos deseaban que apareciese en sus aldeas cuando sus vacas dejaban de dar leche o las ovejas se ponían enfermas, ya que el Hombre Cabra comprendía a las bestias y sabía cómo curarlas.

—Las cosas no serán lo mismo sin él —dijo Ferox.

—Sí, será todo mucho menos triste. Jamás le dijo nada agradable a nadie, o al menos que yo haya oído. A mí me maldijo varias veces.

El Hombre Cabra jamás estaba contento, y nunca había sido agradecido. Llegaba a la casa de un hombre por la noche, en busca de cobijo y comida, y se acomodaba lo más cerca posible del fuego. Se quedaba todo el tiempo que quería y se iba sin decir palabra y sin siquiera dar las gracias. Sin embargo, siempre era bienvenido, así como bastante temido.

—He oído a gente decir que era un dios o un espíritu enmascarado.

Vindex inclinó la cabeza hacia atrás y rio, lo que provocó un murmullo entre los hombres que los seguían.

—¡Pues vaya un disfraz! —Pensó un instante—. Pero estaba muerto como una piedra, y no se puede matar a un dios.

—No creo que quisieran matarle —dijo Ferox mientras se frotaba el mentón y la espesa barba de varios días.

—Toda una gentileza por su parte.

—Es probable que quisieran algo de él —continuó, dándole vueltas a la idea mientras hablaba—. Quizá quisieran que les hiciera de guía, se negó, le golpearon y se les murió.

—Y seguramente, conociendo al cascarrabias, se murió para joderlos. —Vindex rio para sí—. ¿Y qué hay del otro? ¿Intentó ayudarlo?

—No, debía de ser uno de los integrantes de la banda. No creo que fuese de por aquí. Ocurrió algo y se rompió la pierna. Tan solo los hubiera retrasado, así que lo ejecutaron.

—Está bien eso de tener amigos —dijo Vindex—. Pero ¿por qué llevarse la cabeza? ¿Y la mano?

—Eso no lo sé, pero no se resistió.

El corte en el cuello había sido limpio y por la espalda. Era difícil arrancar una cabeza de un tajo, y hacerlo indicaba habilidad y práctica. Ferox imaginó al hombre esperando, sumiso, mientras, probablemente, otros dos le ayudaban a arrodillarse a pesar del agónico dolor de la pierna al tiempo que un cuarto alzaba la espada calculando con cuidado antes de descargar el tajo descendente.

—Luego le cortaron la mano. Puede que tengan al muchacho del Cabra y que sea él el guía. O puede que haya huido. Pero creo...

Ferox calló, detuvo su montura y levantó la mano para que el resto le imitara. Desmontó de un salto y caminó por la hierba crecida. Estaban en otro pequeño valle al fondo del cual corría un

embarrado arroyo. En un extremo, y en ambas orillas, la tierra estaba batida y pisoteada por uñas de caballo.

—Qué descuido —dijo Vindex, pero el centurión, airado, alzó la mano pidiendo silencio. Ferox se acuclilló y estudió el suelo a cierta distancia del arroyo.

El brigante se hizo con las riendas del caballo del centurión y avanzó al paso sobre su animal.

—Veinte, puede que dos docenas —dijo Ferox sin levantar la cabeza—. Dos de ellos con carga y otros dos sin jinete. Algunos de los caballos son grandes, y algunos llevan jinetes pesados.

—Como digo, estos no son los que hemos estado siguiendo.

Vindex y sus hombres habían dado con el rastro de una partida el día anterior y, siguiéndolo, habían encontrado los cuerpos. Justo antes de la puesta de sol habían visto a un grupo de tamaño similar uniéndose al primero. Ahora había un tercero cabalgando en la misma dirección, probablemente con intención de juntarse con los anteriores, lo que significaba una partida de, al menos, unos cincuenta o sesenta, y bien pertrechada. Los caballos grandes eran todo un misterio. El rastro se parecía más al de monturas del ejército que al de simples ponis.

—Tiene pinta de que pasaron por aquí hace siete u ocho horas —concluyó Ferox mientras volvía a su caballo y se agarraba a los cuernos de su silla de montar—. Cuando aún era de noche.

—¿Necesitas ayuda? —dijo Vindex con sorna ante la actitud dubitativa del centurión.

—Imbécil —farfulló Ferox, que luego gruñó por el esfuerzo mientras medio saltaba medio montaba a pulso.

El rastro subía por un lado del valle, y el centurión puso a su caballo al trote para seguirlo. El animal remontó la pendiente con entusiasmo. Vindex y el resto le siguieron. Las señales eran claras: huellas de pezuñas y hierba aplastada. Significaba que, fueran quienes fuesen, ya no temían que los siguieran. Debían de encontrarse cerca de lo que fuera que querían.

—Ordena que enciendan la almenara —dijo Vindex cuando alcanzó al centurión.

—Aún no. Necesito saber más.

Dejaron atrás el valle hasta llegar a la cima de la colina y siguieron el rastro hacia el este. Era fácil de ver, y solo cambiaba de di-

rección para sortear zonas empantanadas y barrancos pronunciados. Recorrieron aquel paraje ondulado durante una milla, cabalgando cerca de las cimas para poder divisar las tierras que se extendían al sur. Cualquiera que estuviera alerta los hubiera visto, pero a Ferox le traía sin cuidado. Las gentes del entorno conocían su sombrero de fieltro. Era viejo y estaba bastante estropeado, del estilo del que llevaban granjeros y jornaleros en las tierras bañadas por el Mediterráneo, y extraño de ver en Britania, más aún en el norte. Los lugareños le conocían, y sabrían que era él mucho antes de verle la cara. Los saqueadores también podrían verlos, sobre todo si seguían estando cerca y alerta. Al igual que la almenara, ver a la partida de Ferox los pondría más nerviosos o los volvería más peligrosos. O ambas cosas. No obstante, si seguían adelante por campo abierto, podrían estar prevenidos ante cualquier amenaza.

Volvieron a descender hacia un valle antes de remontar la siguiente pendiente. Ferox decidió continuar al paso para no agotar a los animales, luego, al llegar a la cima, se detuvo al ver algo que le heló el corazón. Vindex, a su lado, palideció. El brigante se llevó la mano a la rueda de bronce de Taranis, que llevaba colgada de una cuerda y bajo la cota de malla.

—Que el dios de los truenos nos proteja —murmuró acercándose la rueda a los labios.

Había dos piedras grises erguidas en la pendiente que tenían enfrente. La gente las llamaba «la Madre y la Hija» o, a veces, «la Yegua y la Potra», y eran antiguas, más que la memoria, y habían sido levantadas por gentes que se habían desvanecido en el tiempo y cuyos únicos vestigios eran los túmulos y las puntas de sílex. O quizá las hubieran levantado los dioses antes de que naciera el tiempo. Los textoverdi rara vez se acercaban por allí, y solo pasaban entre ambas piedras cuando estaban desesperados por recibir auxilio mágico o para hacer un juramento inquebrantable.

La Madre era la piedra más alta y, sobre ella, alguien había colocado una piedra de color marrón rojizo. Era una señal terrible, una que Ferox jamás había visto, una advertencia de que el mal recorría la tierra. Lo peor era que alguien había venido después, había cogido la piedra rojiza y la había lanzado al suelo rompiéndola en dos. Luego habían cogido uno de los trozos y habían hecho un dibujo en ambas piedras. Estos no eran más que simples

círculos convertidos en caras mediante dos puntos para representar los ojos y una V al revés para representar la boca.

Ferox habló con voz plana cuando se dirigió al brigante.

—Parece que nuestros miedos estaban justificados.

—Sí.

Cuando advirtió del peligro, el centurión había intentado explicar a sus superiores que Roma era tenida por débil, ya que sus ejércitos estaban en retirada, y que se creía que su poder estaba a punto de convertirse en polvo. En particular, en el norte, líderes ambiciosos olfateaban la oportunidad de crear imperios propios. Había quien hablaba entre susurros sobre guerra y destrucción, sobre magos y druidas que incitaban al odio. Vindex y sus hombres habían visto las mismas señales y se las habían hecho saber, pero a Ferox se le ignoraba por considerársele alarmista y demasiado dado a suposiciones. Sin embargo, su instinto le decía que tenía razón, al igual que el cazador percibe la presencia de una bestia salvaje antes de verla.

—¿Un druida? —Vindex dijo la palabra con suspicacia, como si su sola mención tuviera poderes.

—Algo parecido. —Solo un hombre convencido de su poder y su magia se atrevería a profanar un lugar sagrado de ese modo.

—Entonces estamos jodidos —concluyó el brigante.

Ferox le ignoró y llamó con un gesto a los dos jinetes romanos.

—Crescens, ¿quién está al mando en Vindolanda? —Aquella era la guarnición más cercana, a un par de millas de distancia hacia el sudeste.

El *curator* se sintió halagado de que se le preguntara algo, aunque parecía sorprenderle que el centurión no lo supiera.

—El prefecto Flavio Cerialis, nuevo comandante de la novena de bátavos.

—¿Son una *equitata*, no es así?

Crescens asintió. La Cohors VIII Batavorum era una unidad mixta, dotada de su propio contingente de caballería para apoyar a la fuerza principal de infantería. Los bátavos eran germanos del Rin, hombres grandes de cabello rojizo y conocidos por su desprecio hacia el resto del ejército, no solo hacia los que, como ellos, eran auxiliares, sino también hacia los ciudadanos romanos de las legiones.

—Bien. Cabalgarás hasta Vindolanda e informarás a Cerialis, o al oficial al mando si él no está. Dile a Cerialis que hay un contingente de al menos sesenta bárbaros en la zona. Están bien armados y son peligrosos. Planean un ataque en la calzada de Coria. Le pediría también que avisara al resto de guarniciones y puestos a lo largo de la calzada. Pídele disculpas por no haber tenido tiempo de redactar un informe. —El ejército siempre prefería tenerlo todo por escrito.

Crescens fruncía el ceño concentrado mientras escuchaba.

—¿Te has enterado bien? —dijo Ferox—. Repítelo.

Puede que el *curator* fuera un hombre quisquilloso y molesto, pero su obsesión por los detalles a veces resultaba útil, y no cometía fallos.

—Bien. Si no recibes noticias mías, vuelve al *burgus* en cuanto hayas descansado. ¡Y ahora, galopa como el viento! —Ferox se dirigió al otro jinete—. Victor, cabalga hasta la torre de vigilancia y haz que enciendan la almenara. Dile al hombre que esté al mando que hay sesenta bárbaros recorriendo la zona, y avisa a todo aquel que te encuentres por el camino.

El segundo jinete salió al galope. Vindex se acarició el grueso mostacho y sonrió.

—Me alegro de haberte traído.

Ferox gruñó.

—No tenemos mucho tiempo —dijo, espoleando al caballo para ponerlo al trote, aunque guiándolo para dar un amplio rodeo en torno a las grandes piedras.

—Si estamos en lo cierto, hay algún desgraciado que tiene menos tiempo que nosotros —dijo el brigante mientras avanzaban—. ¿Estás seguro de lo de la calzada?

En realidad no era una calzada. El ejército solo había construido dos calzadas dignas de ese nombre en el norte. La occidental pasaba por Luguvalium de camino al norte y hacia los pocos puestos avanzados que había más allá, mientras que la oriental atravesaba Coria. Había un par de fuertes entre esas dos bases, y se había hecho una ruta para unirlos, con puentes allí donde eran necesarios. Ferox había oído que existía el proyecto de convertir ese camino en una calzada de verdad, pero hasta el momento no se había hecho nada.

—Es lo único que puede tener sentido —repuso Ferox frotándose el mentón de nuevo. El centurión sospechaba que lo había dicho más convencido de lo que en realidad estaba—. El rastro sigue recto hacia el este, no hacia el sur, aunque las rutas en esa dirección están abiertas. Creo que los diferentes grupos se dieron cita al final de la noche y que atacarán pronto. Esto es, si no lo han hecho ya. Harán lo que han venido a hacer, y volverán al norte, al lugar del que hayan salido. No son suficientes como para atacar a una guarnición, así que estarán buscando algo en campo abierto. Puede que una granja, pero nadie, ni importante ni rico, vive cerca de aquí, así que todo apunta a una emboscada en la calzada.

Siguieron recorriendo las cimas. Podían ver a sus pies la calzada que corría de este a oeste; a veces la tenían a menos de media milla de distancia, aunque la mayor parte del tiempo les quedaba más lejos. Muchos viajeros recorrían esa ruta, aunque la mayor parte del tráfico era militar. Vieron pasar un par de carretas que se dirigían al oeste al cansino paso de los bueyes de carga, así como unas sesenta mulas escoltadas por una docena de legionarios y guiadas por un número parecido de esclavos. Verlos hizo pensar a Ferox, porque el convoy hubiera sido un objetivo ideal para cualquier grupo de salteadores deseosos de obtener cabezas y botín.

Vindex debió de pensar lo mismo.

—Puede que hayan tenido suerte y que hayan pasado antes de que estuviera lista la emboscada.

—Puede.

Media hora después pasaron cerca de Vindolanda y vieron sus edificios de un blanco apagado en la distancia. Ferox confiaba en que el *curator* estuviera ya cerca del fuerte. Victor ya debería haber llegado a la torre a esas alturas, pero no había ni rastro del humo de alerta de la almenara. Otro convoy de mulas pasó por el camino, más grande que el anterior, aunque seguía siendo vulnerable al asalto de un grupo decidido de unos cincuenta o sesenta hombres, eso suponiendo que no se les hubieran unido aún más guerreros.

Ferox azuzó a su caballo con fuerza para que fuera al trote, golpeándolo con la palma de la mano cuando el animal intentaba aminorar el paso. Siguieron adelante a toda prisa. Los hombros y los flancos de los caballos estaban blancos de sudor. Recorrieron

millas hasta que dejaron de ver el fuerte y tan solo divisaron las finas hebras de humo de sus hogueras. El caballo resoplaba con fuerza y empezaba a trastabillar, lo que siempre indicaba que la bestia daría ya poco de sí. Ferox aflojó para ir al paso.

—Allí es donde lo haría yo —dijo señalando al frente.

El camino giraba ligeramente al norte, recorriendo el extremo del valle y siguiendo un sendero mucho más antiguo que evitaba dehesas que se convertían en ciénagas cuando llovía dos días seguidos. A lo largo de una milla el sendero era menos recto, lo que permitía que las carretas sortearan una sucesión de pequeñas pendientes y cañadas. Había bosquecillos dispersos y un par de bosques algo más frondosos en los que los grandes árboles ofrecían un escondrijo perfecto al abrigo de ojos indiscretos. Parte del camino recorría el fondo del valle y estaba aún más aislado.

Vindex bufó una carcajada.

—Nada como un siluro para elegir el lugar idóneo para una emboscada. Sois todos una recua de bandidos.

—Pues dicen que soy romano.

—Eso dicen.

Hubo un murmullo entre los exploradores y Vindex se volvió sobre su silla de montar.

—Han encendido la almenara —dijo.

Ferox no le estaba escuchando. A poca distancia había un rebaño de vacas al que guiaban por un lado del sendero, así como puñado de viajeros que se dirigían al oeste. A estos los estaba adelantando un grupo de diez o doce soldados a caballo, seguidos por una carreta de viaje tirada por mulas. No era tan grande como otras carretas de ese estilo, pero esos vehículos eran raros en aquel rincón del mundo, y la escolta suponía que llevaba algo, o a alguien, de importancia.

El centurión se llevó la mano al gran pomo de madera de su espada y pasó los dedos por los surcos tallados en él. Llevaba la espada colgada a la izquierda como símbolo de su rango, aunque también porque era una espada anticuada, de hoja larga, y así resultaba más fácil desenvainarla.

—Necesito que te lleves a los exploradores a la cima. —Señaló al frente, a la colina que dominaba el accidentado terreno—. Puede que se preocupen si te ven allí, especialmente si están listos para

atacar. Son demasiados como para enfrentarnos a ellos, así que observa. Necesitamos saber quiénes son y de dónde han venido. Seguidlos cuando todo haya acabado. Captura a uno si puedes, pero no te arriesgues de modo innecesario. Lo que puedas averiguar tiene mucha más importancia que lo que puedas hacer. ¿Comprendido?

Vindex asintió.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Acercarme a echar un vistazo.

El brigante gruñó y se dirigió a sus hombres al paso. Ferox se quitó el sombrero de fieltro y lo lanzó a un lado, se giró en la silla y desató el casco. Como siempre, Filo había dejado dentro la capucha de lana. Se caló la capucha, luego el casco, y se ató la tira de cuero que mantenía unidos los extremos de las carrilleras. Llevaba semanas sin ponérselo, pero después de trece años en las legiones, el pesado yelmo seguía siendo para él algo tan natural como el pelo.

Ferox bajó la pendiente al paso, rumbo al sendero. Sentía la mente despejada y calma, porque la decisión había sido tomada y ya no había vuelta atrás. Había retrasado demasiado la orden de dar la señal de alarma, y esa era su región. Todas las advertencias que había hecho en el pasado no servirían de nada, porque el error ya lo había cometido. Era probable que hubiera alguien importante en la carreta, y no podía dejar que, fuera quien fuese, muriera sin hacer un intento de avisarle. Quizá no fuera suficiente, y eso era todo lo que sus superiores necesitaban para recomendar que fuera licenciado.

Ya no le dolía la cabeza. Bebió lo que le quedaba de posca en el odre y sintió el frescor y la humedad en la boca. Cuando le obligaron a despertar y a salir del fuerte a caballo se había sentido como si el mundo estuviera a punto de llegar a su fin. El mal humor de los últimos días volvía a apoderarse de él y ya no le importaba. Ferox descendió la colina.

—Te olvidas el sombrero —dijo Vindex alegremente mientras se acercaba a él con el viejo y maltrecho sombrero en la mano.

—Te he dado una orden.

—Nadie les da órdenes a los carvetos.

Los dos hombres avanzaban al paso.

—Es importante —dijo el centurión—. Tenemos que averiguar todo lo que podamos.

—Le he dicho a Breno que tome el mando. Hará lo que se le diga.

—Creía que nadie les daba órdenes a los carvetos.

Vindex sonrió. Su rostro parecía más cadavérico que nunca.

—La madre de Breno era de los parisios. Cualquiera puede darles órdenes a esos capullos.

Ferox no rio, pero el comentario le animó un poco.

Siguieron adelante. La carreta y su escolta habían desaparecido de su vista, ocultas en el bosque de grandes robles.

—¿Tienes un plan? —preguntó el brigante pasado un rato.

Ferox permaneció en silencio.

—Eso está muy bien. —Vindex se llevó la rueda de Taranis a los labios y murmuró una plegaria.

—Nadie te ha pedido que vinieras —le dijo Ferox.

—Lo sé. Hay gente muy desagradable por el mundo.

Por primera vez el centurión miró a su compañero a los ojos.

—Que no te avergüence dar media vuelta. Aún estás a tiempo.

Vindex rio.

—¡Eso mismo me dijo mi tío cuando me casé con mi primera esposa!

De pronto el brigante esbozó un gesto lúgubre, algo, por otro lado, habitual en él. Solo los hombres que le conocían bien, como Ferox, sabían de la tristeza que ocultaba. Vindex había perdido a sus dos esposas, la primera por unas fiebres, la segunda durante el parto de un niño que había nacido muerto. La angustia era profunda, aunque no había logrado empañar su entusiasmo por los placeres de la vida.

Delante de ellos apareció la escolta y la pequeña carreta de viaje, entre los árboles. Estaban lo bastante cerca como para que Ferox pudiera distinguir los escudos verdes y ovalados de los jinetes, lo que significaba que probablemente fueran bátavos venidos de Vindolanda. Sus cascos eran oscuros, y solo las carrilleras brillaban al sol de la tarde. Un hombre, a la cabeza de la pequeña columna, vestía una armadura de escamas bien pulida que centelleaba. Los soldados desprendían marcialidad. La mayoría de los hombres no se hubieran molestado en quitarles a los escudos las protecciones de cuero para un viaje ordinario.

—¿Y si estamos equivocados? —sugirió Vindex al ver que tanto la carreta como los jinetes hacían camino en esa cálida tarde.

Alargó la mano para espantar a una mosca que se había posado en el cuello de su yegua. Ahora que estaban más abajo, los insectos empezaban a acosarlos atraídos por el intenso olor del sudor de los caballos.

Se oyó un cuerno, potente y estruendoso, y Ferox espoleó a su montura con fuerza para que emprendiera un trote rápido.

—¡Mierda! —dijo Vindex siguiendo al centurión.